

UN PRECURSOR DE LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA MEXICANA: E. DOMENECH (1825-1904)

JUAN COMAS¹

Las informaciones de tipo arqueológico, etnográfico y lingüístico acerca de los pueblos aborígenes del México actual (antiguo virreinato de la Nueva España) se iniciaron a comienzos del siglo xvi con los relatos de frailes, conquistadores y cronistas, de los cuales Sahagún puede considerarse el prototipo. Son los datos que más llamaron la atención y que más fácilmente se prestaban a ser descritos y aun interpretados. No es nuestro objetivo referirnos ahora a ello; ya lo hicimos² en un anterior ensayo tentativo (1950).

Por el contrario, para realizar observaciones somáticas y osteológicas —biológicas en general— acerca de los indígenas habitantes de las diversas regiones del país, era necesaria una preparación más especializada en quienes lo intentaran, una cierta técnica que no era asequible a la mayoría de viajeros y exploradores; además, el tema resultaba árido y de escaso interés para el gran público, salvo aquellos casos en que el viajero hacía descripciones fantásticas, dando rienda suelta a su imaginación. De ahí que el conocimiento de la antropología física de los pueblos aborígenes de América y —en nuestro caso— concretamente de México, comenzara en época más tardía.

Una búsqueda en las fuentes bibliográficas hasta 1862 muestra la escasez de información al respecto, y cuando la hay es siempre de carácter esporádico. Recordemos a título de ejemplo los trabajos de S. G. Morton (1839, 1841, 1842, y 1848); A. A. Berthold (1842); J. A. N. Périer (1855); L. A. Gosse (1855); H. Strebel (1855); H. Welcker (1855); y P. Gratiolet (1860 y 1861), en los cuales se hace la descripción de uno o varios cráneos mexicanos

¹ Texto de la Conferencia dada en la Sociedad Mexicana de Historia de la Medicina, el 29 de febrero de 1968.

² Comas, J. "Bosquejo histórico de la Antropología en México". *Revista Mexicana de Antropología*, vol. xi, pp. 97-192. México, 1950.

en forma fragmentaria e incidental, sin que ninguno de ellos pueda considerarse inicio de una antropología física mexicana.³

La creación en Francia de la *Société des Observateurs de l'Homme* (1799), desaparecida en 1803, fue la primera manifestación colectiva propugnando por el estudio de los pueblos extraeuropeos entonces poco conocidos; se encargó a Cuvier la redacción de unas instrucciones que pudieran ser utilizadas por viajeros y exploradores al visitar esas poblaciones "primitivas", con el fin de recopilar datos sobre sus características biológicas; simultáneamente se comisionó a J. M. de Gerando para preparar otras instrucciones con fines etnográficos. El escaso éxito de tales iniciativas queda manifiesto con el hecho de que las *Instrucciones* de Cuvier, supuestamente destinadas a ser utilizadas por la expedición transoceánica de los buques *Geographe* y *Naturaliste*, siguieron inéditas hasta 1910.

El 20 de agosto de 1839 se fundó la *Société Ethnologique de Paris* y en sus estatutos figuraba nuevamente el objetivo de preparar *Instrucciones* para los viajeros; también se trata de un intento fallido, ya que la sociedad dejó de funcionar en 1848, sin que conozcamos ningún resultado práctico al respecto.

Un tercer intento, y esta vez con éxito, tuvo lugar a partir del 19 de mayo de 1859 cuando se creó la *Société d'Anthropologie de Paris*, la primera en el mundo y que sigue activa en la actualidad con un bien ganado y reconocido prestigio.

Resurgió en esta nueva Sociedad de Antropología la preocupación por preparar Instrucciones destinadas a quienes iban a viajar fuera de Europa; y se nombraron comisiones de especialistas encargadas de redactar tales documentos. Por lo que se refiere a América se publicaron *Instrucciones antropológicas* específicas para Brasil (1860), Canadá (1860), Perú (1861), Chile (1863).

Las de México tuvieron su origen en una petición del doctor Edward Michaux quien formaba parte, como médico-militar, de la expedición francesa y estaba interesado en tales cuestiones. Las *Instrucciones* fueron aprobadas y publicadas el 15 de mayo de 1862; lamentablemente el doctor Michaux murió en Veracruz el 8 de

³ Todos ellos son extranjeros; únicamente a partir de 1862, hasta fines de siglo, al multiplicarse los nombres de médicos y naturalistas que se ocupan de determinados aspectos de la antropología física de México, podemos ya citar cronológicamente los trabajos de mexicanos tales como Aniceto Ortega (1873), A. L. Herrera y E. R. Cicero (1895), F. Flores (1886), J. Falero (1880), N. León (1890).

agosto del mismo año, a los pocos días de desembarcar en el país, por lo que ni siquiera las llegó a conocer. El documento se entregó al doctor Fuzier que también estaba adscrito a los servicios de sanidad del ejército expedicionario francés en México.⁴ No conocemos ningún trabajo fruto de la utilización de tales *Instrucciones*.

Por decreto de 27 de febrero de 1864, el emperador Napoleón III estableció una Comisión científica francesa en México, la cual tenía entre sus múltiples finalidades la de "el estudio de las diversas razas" que poblaban el país. Los integrantes de tal comisión, por lo que se refiere a antropología física, redactaron también y dieron publicidad a unas instrucciones detalladas que sólo tienen interés teórico, ya que su utilización y aplicación fue muy limitada.⁵

En fin el antropólogo Hermann Ten Kate solicitó también de la Sociedad de Antropología de París, en 1882, nuevas instrucciones antropológicas en vista de su proyectado viaje a Texas, New Mexico, Arizona, Sonora y Baja California; el viaje se realizó, pero no tenemos conocimiento de que se prepararan ni publicaran las instrucciones solicitadas.

Es en esa época y en ese ambiente cuando surge y actúa Emmanuel Domenech. Hace un cuarto de siglo que conocíamos por referencias ese nombre, gracias a una cita de Hamy, y así se hizo constar, aunque de manera vaga y somera, en un trabajo bibliográfico sobre antropología física mexicana.⁶

Las colecciones osteológicas, a igual que las etnográficas y arqueológicas, que procedentes de los países de ultramar han ido integrando los museos de Europa, se iniciaron con los materiales recogidos y donados o vendidos por aventureros, viajeros, exploradores y hombres de ciencia interesados por estas cuestiones.

En lo que se refiere a los restos óseos de origen mexicano que constituyen el acervo existente en el *Musée de l'Homme* de París,⁷

⁴ Véase la historia y el texto castellano de tales *Instrucciones* en J. Comas, "Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México: 1862" (*Cuaderno n° 16 de la serie antropológica*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad. México, 1962, 44 pp.)

⁵ Publicadas en castellano en las pp. 32 a 39 de la obra citada en nota 4.

⁶ Comas, Juan. *La antropología física en México y Centroamérica*, p. 94. Publicación número 68. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, 1943, 132 pp., mapas.

⁷ Véase el inventario de dicho material en *Anales de Antropología*, vol. v, pp. 58-75. México, 1968.

proceden de aportaciones hechas a partir del primer tercio del siglo XIX por ciertas personalidades que visitaron el país con finalidades diversas y en épocas muy distintas: Boban, Castelnau, Charnay, Diguët, Farayre, Fuzier, Génin, Guérin, Humboldt, Outrelaine, Périgny, Reynaud, Soustelle, Stresser-Péan, etcétera.

En general se dispone de muy escasos datos acerca de tales materiales, ya que los recolectores y donantes no supieron, o no pudieron, dejar constancia de las características y peculiaridades de cada hallazgo; y menos todavía en cuanto a interpretación de lo que la población indígena de México pudiera representar dentro de la taxonomía racial.

De ahí nuestro interés por dar a conocer lo que uno de esos viajeros— Emmanuel H.D. Domenech— sintetizó después de larga permanencia en el país, tomando como base sus observaciones en el vivo y los materiales osteológicos que coleccionó y que parcialmente están depositados en el Museo del Hombre.

Con motivo de una investigación iniciada en 1967 en dicho museo, tuvimos oportunidad de conocer la serie osteológica recogida por Domenech y remitida al *Museum d'Histoire Naturelle*, el 1º de mayo de 1866. Está integrada por 33 cráneos inventariados en la forma siguiente:

Números:

- 4930 y 4931 (otomíes modernos);
- 4932, 4933, 4939 (aztecas modernos);
- 4950, 4952, 4957, 4958, 4960, 4961 y 4962 (aztecas antiguos);
- 4934, 4935, 4947 (chichimecas modernos);
- 4936, 4944, 4948, 4949, 4951, 4953, 4954 (tepanecos antiguos);
- 4937, 4938 (tepehuanos modernos);
- 4940, 4942 (toltecas antiguos);
- 4943, 4945 (tlaxcaltecas modernos);
- 4955, 4956 (indios del Ajusco);
- 4959 (cráneo antiguo de Cerro de las Palmas);
- 4946 (cráneo mexicano infantil, moderno);
- s/n (cráneo moderno de comanche, Chihuahua).

Son escasas y no siempre coincidentes las fuentes biográficas que hemos logrado reunir acerca de Emmanuel-Henri-Dieudonné Do-

menech; una síntesis comparativa de las mismas⁸ muestra que nació en Lyon, Francia, el 4 de noviembre de 1825. Llegó por primera vez a América en 1846 acompañando a monseñor Odin, vicario apostólico de Texas, residente en Galveston. Se ordenó de sacerdote en 1848. Realizó distintos viajes, fruto de los cuales son las variadas publicaciones de que es autor. Entre 1862 y 1866 vivió en México, primero como capellán de la Primera División del Ejército Expedicionario Francés y, posteriormente, como director del negociado de prensa del emperador Maximiliano. De regreso a Francia y durante la Guerra Franco-Prusiana ejerció como capellán en el ejército del general Mac-Mahon. Fue muy prolífico y su nombre tuvo cierta resonancia en los medios americanistas, sobre todo por su libro *Manuscrit pictographique américain précédé d'une notice sur l'ideographie des peaux-rouges* (1860), en el que creyó identificar un sistema ideográfico de los antiguos indios pieles rojas de los Estados Unidos. Ello suscitó una fuerte polémica con críticos franceses y alemanes que demostraron la falsedad de tal manuscrito. Domenech replicó con la obra titulada: *La vérité sur le livre des sauvages* (1861), pero sin resultado, ya que los etnólogos y arqueólogos rechazaron unánimemente dicho testimonio.

En cuanto a la fecha de su fallecimiento la *Enciclopedia de Espasa-Calpe* no hace mención de ello, la *Catholic Encyclopedia* indica que murió en noviembre de 1886 y el *Diccionario Porrúa* especifica el año de 1875. Tales datos son erróneos; en una breve nota necrológica, suscrita por León Lejeal, etnólogo y secretario de la Sociedad de Americanistas de París, aparecida en 1905 se comenta brevemente el fallecimiento de Domenech ocurrido "a los 78 años de edad"; habiendo nacido en 1825, su muerte acaeció, pues, a fines de 1903 o principios de 1904. Tal confusión, como dice Lejeal, se debe a que Domenech "había desaparecido, llevando en su ciudad natal, Lyon, una vida muy obscura, dedicado a humildes funciones eclesiásticas".⁹

Pero lo que nos interesa mostrar aquí es que las dos obras men-

⁸ *Enciclopedia Espasa-Calpe*, t. xviii, parte 2, pp. 1808-1809. Madrid, s/f. *The Catholic Encyclopedia*, vol. v, p. 102. The Gilmary Society. New York, 1909. *Diccionario Porrúa: historia, biografía y geografía de México*, p. 480, 1964.

⁹ Lejeal, Léon "Emmanuel Domenech: nécrologie". *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, n.s., vol. II, pp. 131-32. 1905.

cionadas y todas las demás publicadas por Domenech son ajenas en absoluto a los problemas que plantea la antropología física.¹⁰

A mayor abundamiento Lejeal, con pleno conocimiento de causa, afirma que Domenech "no era ni etnólogo ni paleógrafo", si bien reconoce "que prestó algunos servicios" [a la ciencia] y "que no carecía de ciertas cualidades como escritor". En fin, una acuciosa búsqueda bibliográfica nos permite afirmar que Domenech no fue en ningún momento miembro de sociedades científicas tales como la de "Antropología de París", ni de la de "Americanistas de París", ni colaboró en las revistas antropológicas que ambas instituciones publicaban.

Todo lo que antecede, es decir, lo conocido de la biobibliografía de Domenech, justifica nuestro asombro al encontrar casualmente información inédita que permite un enfoque distinto de su personalidad.

En efecto, con motivo de una permanencia eventual en el Museo del Hombre de París (junio de 1967), al revisar un pequeño archivo existente en el Departamento de Antropología Física, tropezamos con una carta-informe suscrita por Domenech en Durango, el 20 de junio de 1865, y dirigida al profesor doctor A. Pruner-Bey, que en ese año fungía como presidente de la Sociedad de Antropología de París. La versión castellana de dicho documento dice así:

Señor doctor A. Pruner-Bey
Place St. Victor, 28

Durango, 20 de junio 1865

París.

Señor y estimado doctor:

De acuerdo con la promesa que le hice en París, me he ocupado inmediatamente, desde mi arribo a México, de la antropología mexicana. Mis anteriores trabajos sobre América del Norte y sobre Irlanda, así como sus valiosas enseñanzas, me han permitido recoger

¹⁰ Otras obras de Domenech son: *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique* (1857); *Voyage au Minnesota* (1858); *Voyage pittoresque dans les grands déserts du nouveau monde* (1861); *Les gorges du Diable, voyage et aventures en Irlande* (1864); *Bergers et bandits; souvenirs d'un voyage en Sardaigne* (1867); *Le Mexique tel qu'il est* (1867); *Quand j'étais journaliste* (1869); *Histoire de Mexique* (1869); *Histoire de la Campagne de 1870-1871 et de la deuxième ambulance dite ambulance de la presse française* (1871); *La prophétie de Daniel* (1875); *Les confessions d'un curé de campagne* (1883); *Souvenirs d'outre mer* (1884).

importantes colecciones, más todavía que las que hice sobre las razas celtas. No le envío por el momento más que una rápida síntesis, aunque muy exacta, de lo que he visto, estudiado y coleccionado. Mis notas y colecciones de cabellos y cráneos me han costado muchas fatigas, preocupaciones y dinero, para exponerme a extraviarlas. Las llevaré conmigo a París, este invierno o en la próxima primavera.

Resulta asombroso cómo los estudios *de visu*, minuciosos y detallados, dan información distinta de lo que se aprende generalmente en los libros. Recordará usted seguramente a este respecto las importantes notas que sobre los dolicocefalos y braquicefalos celtas traje de Irlanda. Tanto desde el punto de vista científico, como del político, este país (México) ha sido *visto* de manera tan superficial que yo ya no creo más que en lo que veo, y no me fío de nadie para ayudarme en mis colecciones. Pelo, cráneos, vasijas antiguas con figuras en relieve, ídolos, etc. no los acepto más que si los tomo por mí mismo y estoy seguro de ellos.

Mis notas las he ido redactando día a día, casi hora tras hora; he tardado 52 días en el viaje de ida de México a Durango; en consecuencia he estado en posibilidad de ver bien, y como me es indiferente que un indio tenga el cráneo, la facies y el color de una u otra manera y forma, puesto que se trata de constatar una situación y no de apoyar determinada hipótesis, puede usted creer en la exactitud de mis informaciones.

He logrado mucho menos de lo que hubiera deseado hacer, pero si recordamos que no disponía de nadie que me ayudara en mi trabajo, que carecía de otros recursos económicos que mi sueldo, que no contaba con más instrumentos que dos brújulas, tres hipsómetros y un termómetro, obsequio de A. d'Abbadie, comprenderá usted bien que mis medios de acción hayan sido muy limitados. Si hubiera podido disponer de 4 ó 5 mil piastras habría adquirido cráneos y momias en cantidad suficiente para completar las colecciones del Jardín de Plantas y de la Sociedad de Antropología, vasijas y toda clase de antigüedades para formar un pequeño museo azteca que rivalizara, por su interés, con el Museo Campana; pero hay muchísimos objetos que no he podido adquirir por falta de dinero para pago de transporte. A pesar de lo cual poseo ya más cráneos aztecas, otomíes y chichimecas de los que contaba la colección celta que traje de Irlanda. Tengo igualmente gramáticas, vocabularios y catecismos en azteca y en otomí. El estudio del otomí desde el punto de vista antropológico y lingüístico le proporcionará a usted más de una sorpresa.

No le hablo de la historia de los antiguos pueblos de México y América Central porque esto me llevaría muy lejos. Le diré sola-

mente que las historias recientemente redactadas son una serie de fábulas recogidas de ciertos autores españoles de los siglos xvi y xvii, quienes han falsificado todo en su deseo de latinizarlo todo, es decir mezclando la idea cristiana con las tradiciones indígenas. Pero como resulta más fácil traducir compilaciones de obras españolas poco conocidas que estudiar las lenguas indígenas y habituarse a la interpretación de los signos jeroglíficos, se ha hecho la historia de las naciones de la América española con estas obras consideradas en Francia como preciosos monumentos históricos. Sus autores se convierten en autoridades indiscutibles; para debilitar la crítica que pudiera hacerseles, afirman que sólo ellos conocen México y que los propios mexicanos no saben ni los principios. Todo esto es falso. He encontrado aquí hombres tan relevantes, tan sabios y al mismo tiempo tan poco conocidos en Europa como los que encontré anteriormente en Irlanda. La facilidad con la cual aceptamos la fabulación como historia, nos ha hecho mucho daño en el espíritu de estos sabios, que se mantienen en guardia frente a nosotros, y no nos toman en serio. He ahí por qué le suplico esperar mi regreso antes de resolver definitivamente acerca de las razas indígenas y primitivas de México. Por lo demás, voy a salir hacia San Luis Potosí y antes de regresar a Francia habré aumentado considerablemente mis colecciones y mis notas.

En cuanto a sus orígenes, el número de tribus primitivas es muy limitado, si juzgamos por el número de idiomas típicos. Es cierto que muchas de estas lenguas se han extinguido, pero cabe preguntarnos: ¿eran totalmente distintas o sólo dialectos de las lenguas típicas? Es lo que se ignora todavía en gran medida. Acerca de todas estas cuestiones proporcionaré a usted información y libros valiosos que le permitirán elaborar su propia opinión de manera satisfactoria.

Llegamos ahora a mi viaje México-Durango. En mi camino he aquí los tipos que he podido observar: aztecas, otomíes (y sus variantes), tarascos, chichimecas, acaxetes y tepehuanes. Aparte los acaxetes y tepehuanes que sólo se encuentran en el estado de Durango, y los tarascos que he visto únicamente en los límites entre México y Michoacán, el resto de indígenas se encuentran sobre todo el trayecto. Las notas que envió a A. d'Abbadie al reverso de la topografía del camino, muestran los nombres y un cuadro numérico de los distintos tipos. El Cuadro comparativo número 2 que adjunto a esta carta,¹¹ pese a lo burdo de su trazado, da una idea exacta de la proporción de los grandes rasgos de cada tipo. Si hu-

¹¹ Desgraciadamente en el archivo sólo localizamos el cuadro comparativo núm. 1, que se reproduce; faltan los restantes a que alude el autor (Juan Comas).

biera tenido tiempo le habría enviado figuras bien dibujadas y coloreadas, pero la brevedad de mi estancia en Durango me obliga a no ocuparme más que de medidas, cifras y rasgos típicos generales. He observado 4 tipos bien diferenciados; la proporción de su número está indicado en las notas de A. d'Abbadie. Usted podrá ver que los dos primeros son más numerosos. En cuanto a su coloración tiene usted también un cuadro comparativo y proporcional para cada uno de los tipos y para cada Estado. La altitud no tiene ninguna relación con el color. Mis observaciones hipsométricas muestran que el camino varía —de manera ondulada— entre 1900 y 2000 m sobre el nivel del mar.

Las observaciones higrométricas y termométricas prueban igualmente que la temperatura y la humedad del aire son casi las mismas a lo largo de todo el trayecto, y por tanto sin influencia sobre la variación del color de los indígenas.

Se ha exagerado enormemente la cantidad de sangre española y negra que existe entre los indígenas. Consultando no a los extranjeros residentes en México desde hace más o menos tiempo, ni a los pequeños sabihondos que hablan de todo, sino a los viejos, pobres o ricos, me he convencido de que tal mezcolanza no excede del 2 al 5%, y que lo que se conoce como *indio mestizado* tiene por lo menos del 15 a 20% de sangre india, en el supuesto de que no sean puros. La longitud de la cara y el color de la piel son para mí caracteres o accidentes y no una prueba de mestizaje. Para convencerse de ello basta con viajar al interior del país, examinar atentamente los individuos, no tener ideas preconcebidas a este respecto y ser muy objetivos acerca del problema.

El cuadro comparativo número 1 ofrece la medida exacta del cráneo de las 4 principales variedades de tipos indios que yo he medido hasta el momento. He tomado como longitud craneal la distancia entre la espina nasal y la protuberancia occipital; como altura craneal la distancia entre la mediana de la sutura parietal y la parte anterior del orificio occipital; en fin como diámetro transversal la distancia entre la porción pétrea de ambos temporales. Una cosa peculiar del cráneo indio, y que se presenta de modo bastante general en el cráneo mexicano, es un aplastamiento a partir de la sutura lambdoidea hasta la parte inferior del occipucio; es lo que yo llamo *occipucio aplastado*. He querido saber si este aplastamiento era adquirido o natural, porque se me decía que pudiera ser consecuencia del hábito de acostar a los niños en el suelo, desde su nacimiento. Yo he visto niños recién nacidos, y he visto otros acostados en el suelo y tengo la certeza de que este aplastamiento es natural y no adquirido. Lo mismo ocurre con el hueso frontal, generalmente muy bajo entre los niños y con frecuencia aplastado. Ello se debe —dicen— a la costumbre de cargar,

desde la infancia, fardos en la espalda sostenidos por una correa que pasa por la frente. Quizá esté equivocado, pero no creo de ello una sola palabra. Admitiendo que un niño, incluso de 4 ó 5 años, lleve de cuando en cuando cargado un bulto proporcionado a su edad, ¿tendrá la correa el don de aplastar su frente? Y más tarde, ¿no tiene el hueso frontal una fuerza de resistencia bastante grande para no ser influenciado por una carga incluso pesada? Usted, mejor que yo, puede responder a estas dos cuestiones.

Los cabellos y los ojos claros son muy raros entre los indios. Nunca los he podido observar entre los dos primeros tipos; sus cabellos son negros, espesos y gruesos; igualmente sus ojos son negros, y con bastante frecuencia tienen una cierta oblicuidad, que afecta sobre todo los párpados, que se elevan hacia su ángulo externo.

Los pómulos son más salientes entre los aztecas y otomíes, es decir, en las caras triangulares y redondas (tipos 1 y 2) más que en los otros dos tipos; pero son siempre visibles.

La nariz peculiar de los dos primeros tipos es corta, aplastada y muy ancha en su parte inferior; sin embargo, son frecuentes las narices rectas y bien formadas, incluso en los dos primeros casos. Las caras alargadas (tipos 3 y 4) tienen la nariz de forma más variada; algunos incluso recuerdan los bellos tipos indios de América del Norte.

La boca es siempre (en los 4 tipos) grande, salvo casos muy excepcionales; los labios son fuertes sobre todo en los primeros, y un poco retraídos de manera que se ven fácilmente los dientes. En cuanto a las mandíbulas son con frecuencia, aunque no generalmente, prominentes.

Antes de terminar con la cabeza de los indios debo decir que son muy inferiores, desde el punto de vista moral, a los pieles-rojas de América del Norte. Lo que dijo M. Costa al cuerpo legislativo en relación con los indios es casi tan falso, o por lo menos tan exagerado, como lo que expresó acerca de México y los mexicanos. Usted comprenderá en efecto que un hombre que va de Veracruz a México en diligencia, que permanece 3 ó 4 meses en esta ciudad, unas veces enfermo y otras estudiando a Humboldt o tratando de poner algo en claro en el maremágnum de las finanzas y de la administración mexicanas, que luego regresa a Veracruz en diligencia para embarcarse, no puede en absoluto saber nada de México, de los mexicanos y menos todavía de los indios.

Yo quiero mucho a los indios, porque son muy de compadecer, pero debo confesar que poseen una inteligencia muy limitada; son trabajadores por necesidad, pero poco activos; más valientes que los mexicanos, son sin embargo muy tímidos. Ninguno de ellos al-

canza por su inteligencia, energía y bravura, el nivel de los pieles-rojas del Norte. Pero volvamos a lo físico.

En general los aztecas y otomíes son de talla algo menor que la media; los otros indios que he visto son un poco más altos. A partir del Estado de Guanajuato se encuentran muchos que tienen buena estatura, junto a un tono muy oscuro de piel. Su pecho es abombado; sus extremidades en general robustas, pero con más carne y menos músculo que entre los pieles-rojas. Con hombros anchos, pero pelvis estrecha; también son anchos sus manos y pies, aunque menos que entre los yankees y pieles-rojas. Carecen de vello en el pecho y extremidades; cuando poseen barba, lo cual es muy poco frecuente, es semejante a la que tienen los chinos, es decir rala y de pelos rígidos.

Particularidades. En el Estado de Querétaro he observado indios que no excedían de 1.20 m de altura, con piel casi negra. En los límites de Michoacán y en el Estado de Guanajuato he visto otros indios muy bellos, con piel amarillenta; algunos con el cuerpo moreno y brazos negros. En ambos Estados, así como en el de Zacatecas, observé algunos indios cuya frente no tenía más que 2 cm de alto (50 sobre 1000).

Salgo mañana para estudiar otros indios en poblados establecidos en zona montañosa, sobre el camino de Mazatlán. Espero aumentar así mis colecciones de cabellos y quizá de cráneos, aunque ello resulta muy difícil, muy fastidioso y aun a veces peligroso, debido a las ideas supersticiosas que tienen.

Reciba, estimado doctor, las seguridades de mi consideración más distinguida y de mi más afectuoso respeto.

Em. Domenech (firmado)
Capellán Castrense de la Primera División
Militar de México.

Como anexo al informe que antecede describe Domenech los 4 tipos indígenas a que se refiere el cuadro adjunto:

Tipo 1. Cabellos negros, tupidos y duros; frente baja; ojos negros, a veces con párpados oblicuos; nariz ancha, aplastada; boca grande; labios gruesos; mentón algo puntiagudo; sin vello, o escaso, en cuerpo y cara; color de piel casi negro, pardo oscuro o verdoso (oliváceo); cara triangular; pómulos salientes.

Tipo 2. Cabellos negros, tupidos y duros; frente baja; ojos negros, boca grande; labios gruesos; mentón redondeado; sin vello, o escaso, en cuerpo y cara; color de piel pardo obs-

- curo, a veces amarillento; cara redondeada, con perfil recto; pómulos poco salientes.
- Tipo 3. Cabellos negros, excepcionalmente de color claro (1 en 10.000); frente alta, un poco huidiza; ojos negros, excepcionalmente claros (1 en 1.000); nariz recta, a veces aquilina; boca grande, mediana en las mujeres; labios de grosor normal; mentón un poco puntiagudo; con poco vello; cara oval; con perfil huidizo; pómulos muy poco salientes; color de piel pardo, amarillento o rojizo.
- Tipo 4. Cabellos negros, excepcionalmente de color claro (1 en 6.000); frente recta; ojos negros; nariz mediana y bien formada; boca grande, mediana en las mujeres; labios normales; mentón redondeado; poco vello; color de piel pardo claro, a veces amarillenta o rojiza; cara alargada, casi tan ancha en su parte inferior como en la superior; pómulos casi invisibles.

Años más tarde facilitó Domenech indicaciones complementarias acerca de dos de los cráneos (números 4940 y 4942 del inventario) que considera toltecas antiguos, deformados, diciendo: ¹²

En cuanto a los dos cráneos con aplastamiento del frontal al occipital, y fuertemente mutilados, los encontré en una aldea india, cerca del Rancho de las Tunas, a 8 ó 10 km de Durango. El poblado, situado al pie de un cerro, sólo consta de algunas cabañas, construidas sobre un terreno rocoso. El cerro me pareció ser un vasto cementerio; sobre el suelo encontré profusión de hachas de piedra pulida. Hice comenzar en seguida las excavaciones, y no me había equivocado; estaba en presencia de un gran cementerio, pero desgraciadamente las tumbas formadas por 4 muros de piedra seca, no contenían más que huesos pulverizados. Después de mucha búsqueda tuve la suerte de encontrar estos dos cráneos que usted tiene en su poder y que no se convirtieron en polvo. Con ellos recogí cascabeles sencillos y dobles fabricados con barro cocido y filigrana de bronce; también agujas de bronce y perforadores forjados con el mismo metal.

*

Nos parece de interés resumir y comentar brevemente alguno de los puntos que menciona Domenech en los informes transcritos, en atención al momento en que fueron expuestos:

¹² Carta dirigida al director del *Museum d'Histoire Naturelle* de París, donde en esa época estaban depositadas las colecciones antropológicas; tiene fecha 16 de octubre de 1875 y suscrita por E. Domenech desde Montagnat, Departamento del Jura (Francia).

a) Sabemos que nuestro autor llegó a México en 1862 y que hasta junio de 1865 había recorrido detenidamente, durante 52 días, la parte de la meseta central comprendida entre México y Durango, tomando medidas antropométricas, reuniendo colecciones osteológicas y de pelo, haciendo observaciones somatoscópicas y climáticas; y que, por lo menos parcialmente, estuvo en los Estados de México, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Zacatecas y Durango. Con posterioridad a junio de 1865 visitó la región entre Durango y Mazatlán, así como San Luis Potosí.

b) Muy acertadamente señala el peligro representado por quienes a la ligera, después de visitas relámpago, se atreven a opinar, escribir y generalizar acerca de caracteres, costumbres y modos de vida de determinados grupos de población; en consecuencia reitera la necesidad de observar, examinar y tratar de interpretar la vida de los pueblos (en este caso de los indígenas mexicanos) con *la máxima objetividad*, sin anticipar resultados y sin pretender en modo alguno que las observaciones sirvan de apoyo a tesis o hipótesis anticipadas.

c) No hemos logrado mayor información acerca de Antoine d'Abbadie a quien se refiere Domenech en varias ocasiones; lo encontramos como miembro titular de la *Société d'Anthropologie de Paris*, a partir del 6 de julio de 1867 y sabemos también que en este momento era *Membre de l'Institut* y de la Sociedad de Geografía de París; fue presentado por Quatrefages, Pruner-Bey y Lartet, prestigiosos antropólogos de la época. Tampoco hemos logrado localizar los cuadernos o notas de información que dice Domenech haber remitido a d'Abbadie y que sin duda contenían numerosos datos resultado de sus observaciones sobre el terreno.

d) Especifica Domenech la técnica utilizada para medir los diámetros antero-posterior, transverso y altura del cráneo; si se recuerda que la craneometría estaba en sus inicios y que las *Instrucciones antropométricas y osteométricas* de Broca aparecieron con posterioridad,¹³ hay que reconocer en Domenech a un verdadero pionero en ese tipo de investigación, y precisamente en nuestro país.

Por desgracia no disponemos de las tablas de valores craneomé-

¹³ Las "Instructions générales craniologiques et craniométriques" de Broca se publicaron en las pp. 69-204 (1865) y pp. 1-203 (1875) de las *Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*. No pudieron por tanto ser conocidas de Domenech, quien escribe desde México en junio de 1865.

tricos que indudablemente obtuvo nuestro autor, de acuerdo con lo que especifica su Informe; e ignoramos la existencia de trabajos posteriores relacionados con la serie de 33 cráneos que donó al Museo del Hombre. Es de esperar que tal estudio se efectúe en alguna oportunidad. Únicamente se cuenta con las 10 medidas e índice cefálico horizontal que Quatrefages y Hamy publicaron sobre dos de los cráneos colectados por Domenech en Santiago Tlatelolco y considerados como aztecas antiguos; aparentemente corresponden a los números 4960 y 4962 del inventario.¹⁴

e) Niega que la acción ambiental (altitud, temperatura, humedad) pueda modificar los caracteres somáticos, sobre todo el color de la piel.

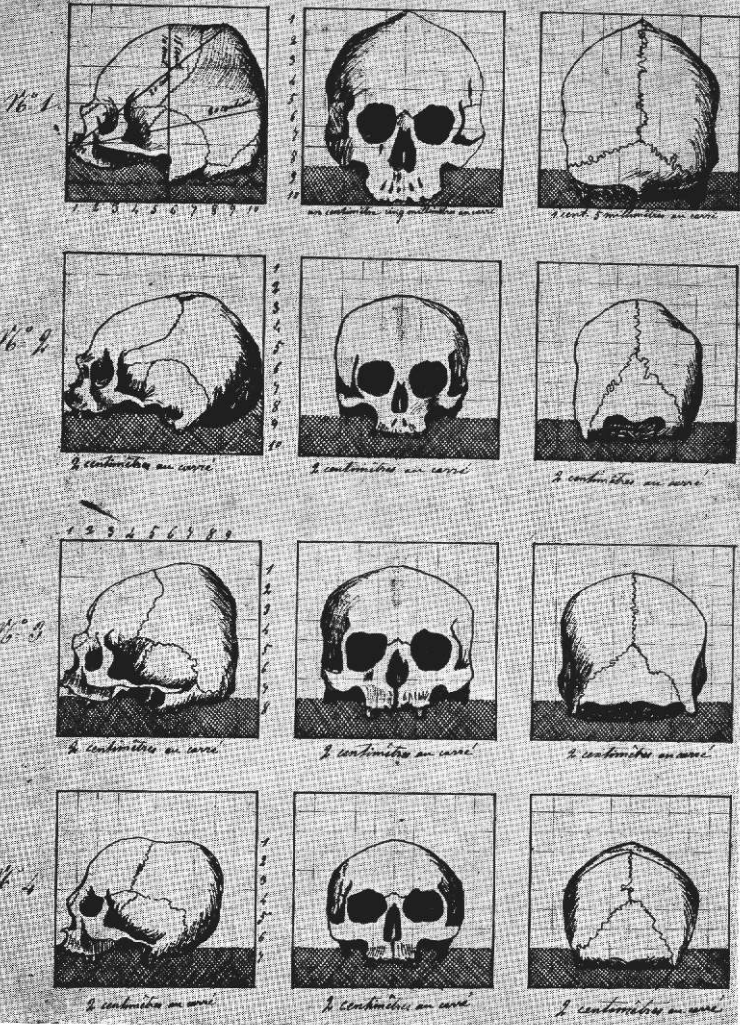
f) Toma posición clara y definida rechazando la posibilidad de que ciertas alteraciones de forma craneal (aplastamiento del occipucio y del frontal) se deban a acción externa, por efectos de la manera de dormir de los niños o por presión de una correa [mecapal] destinada a sostener en la frente el fardo cargado en la espalda. Los cráneos reproducidos en el cuadro 1 muestran sin duda distintos casos de deformación artificial; pero Domenech no alude a ello, ni trata de explicar tales deformaciones mediante técnicas adecuadas en vez del mecapal. Aparentemente nuestro autor no tuvo oportunidad de conocer los trabajos que sobre deformación craneal artificial habían publicado S. G. Morton (1839), L. A. Gosse (1855 y 1861), etcétera.

g) La tipología racial de Domenech respecto a los indios mexicanos, se concreta a los grupos de población que conoció directamente en determinadas regiones del país, sin la menor pretensión de generalizar sus conclusiones a todo el territorio. Ello es buena prueba de su objetividad.

h) El haber encontrado en Querétaro varones adultos que no excedían de 1.20 metros de talla nos deja algo escépticos; dada la seriedad del trabajo de Domenech no cabe suponer una premeditada exageración; nos inclinamos más bien a pensar que se trata de algún sujeto anormal, patológico; pero por desgracia carecemos de informes complementarios que permitan aclarar el caso.

¹⁴ Quatrefages, A. de et E. T. Hamy. *Crania Ethnica*. Librairie J. B. Bailliere et Fils. Paris, 1882 (datos en p. 466-67 del t. 1).

I-Cabezas Comparativas



Los cuatro tipos craneales del altiplano mexicano, descritos por Domenech en 1865.

i) ¿Hasta qué punto son confiables los porcentajes que menciona para la presencia de ciertos caracteres somáticos (1 en 10 000; 1 en 1 000 y 1 en 6 000)? ¿Tuvo realmente oportunidad de examinar suficiente número de individuos para llegar a tales resultados? Nos parece difícil que lo lograra, y en tal caso el informe no sería tan objetivo como Domenech pretende.

j) La mención que hace Domenech de la “inferioridad moral” e “inteligencia muy limitada” de los indios mexicanos, son apreciaciones muy subjetivas y personales; ignoramos cómo pudo nuestro autor apreciar esa limitación intelectual y más aún su bajo nivel moral. Domenech no estaba en condiciones, por la época en que trabajó, de valorizar esas características psíquicas, máxime cuando hoy sabemos muy bien las dificultades que existen para cuantificarlas en poblaciones de culturas diversas, ajenas a la nuestra, a la llamada “occidental”.

k) Al censurar el hecho de que muchos libros de la época pretendían dar a conocer los pueblos indígenas de América y concretamente de México, basándose en fabulaciones muy lejanas de lo real, reivindica con justa imparcialidad al sector intelectual mexicano como “hombres tan relevantes, tan sabios y al mismo tiempo tan poco conocidos en Europa”.

Para apreciar debidamente la importancia de las observaciones somáticas de Domenech acerca de los indios de México, no debe olvidarse que su carta-informe va dirigida a Pruner-Bey, uno de los médicos-antropólogos de mayor prestigio en esa época, como lo prueban sus múltiples trabajos presentados a la *Société d'Anthropologie de Paris*, de la que formó parte desde su fundación en 1859 y de la que era presidente en 1865. El interés de Pruner-Bey por determinar e interpretar las variaciones del cabello y los matices en el color de la piel, como elementos básicos de diferenciación racial y para comprobación del mestizaje,¹⁵ se encuentra reflejado en Domenech quien —como hemos visto— insiste reiteradamente acerca de ambos caracteres.

Es natural que a un siglo de distancia las observaciones, interpretaciones y conclusiones de dicho autor resulten hoy (siquiera en parte) anacrónicas y fuera de lugar. Lo cual no obsta para

¹⁵ Pruner-Bey, en pp. 65-109, 526-533 y 778-80 del vol. v de *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1864.

que reconozcamos en Domenech un *precursor* de la antropología física mexicana, con el enfoque científico que era entonces tan poco frecuente.

SUMMARY

There is archeological, ethnographic and linguistic information on indigenous American peoples going back to the early Sixteenth Century, but reliable sources on Physical Anthropology are not found until the Nineteenth Century. The Frenchman Emmanuel H. D. Domenech is a forerunner of physical anthropological research in Mexico. A letter addressed by him to Dr. A. Pruner-Bey in 1865, which may be considered the only extant report on his findings during a long stay in Mexico is published here for the first time. Brief comments on the importance of his research are included.